

Capítulo I - Aproximaciones a las relaciones entre
comunicación y ciudad
Urbs, civitas y polis en la ciudad como sistema global
de comunicación

Fernando Carrión-Mena
Nicanor Benítez-Telles

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

CARRIÓN-MENA, F., and BENÍTEZ-TELLES, N. Urbs, civitas y polis en la ciudad como sistema global de comunicación. In: MEDRANDA-MORALES, N., and VALBUENA-BEDOYA, N., coords. *Comunicación y ciudad: lenguajes, actores y relatos* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2020, pp. 31-45. Reflexiones de la comunicación series. ISBN: 978-9978-10-570-2. <http://doi.org/10.7476/9789978105702.0004>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Urbs, civitas y polis en la ciudad como sistema global de comunicación¹

Fernando Carrión-Mena
Nicanor Benítez-Telles

“París no sólo era una bella ciudad; era una ciudad homogénea, un producto arquitectónico e histórico de la Edad Media, una crónica pétreo”.
Víctor Hugo

“El acto de comunicar por medio de la arquitectura participa en la modificación de las circunstancias, pero no es la única forma de la praxis”.
Umberto Eco

Introducción

Es relativamente poco lo que se ha trabajado respecto de la relación entre ciudad y comunicación. En general, lo que ha habido son estudios de cada uno de los componentes de la ecuación; esto es, de la ciudad por un lado y de la comunicación por el otro. Esto ha conducido a una ausencia de comprensión de la relación de la una con respecto de la otra, lo que a su vez ha imposibilitado, como se sostiene en este trabajo, que la ciudad pueda ser concebida como *un medio de comunicación especial* y, en el actual momento, como un *sistema global de información*. Esta es la hipótesis que guía el desarrollo del presente ensayo.

1 Este ensayo surge de la ponencia presentada por Fernando Carrión en las II Jornadas de Comunicación de la Universidad Politécnica Salesiana (UPS), *Comunicación y Ciudad*, desarrolladas en Quito, el 8 y 9 de enero de 2020.

Para fundamentar esta hipótesis, asumimos como punto de partida lo que nos plantea Jesús Martín-Barbero (1998), cuando señala que *en el universo todo comunica*. Por esa vía, él llega a la conclusión de que todos los fenómenos deben ser pensados comunicacionalmente. En esta perspectiva: ¿Qué pasa con la ciudad que tiene una alta densidad de objetos (*urbs*), relaciones (*civitas*) y alteridad (*polis*)? Pues la ciudad se constituye en el espacio de la comunicación por antonomasia, tal como pretendemos demostrarlo.

La ciudad del pasado fue entendida a partir de una condición nuclear o central, con atributos que terminaban por definir una jerarquía urbana (rango tamaño) que tomaba en consideración, por un lado, su inserción en un territorio específico —sea el campo o el *hinterland* de la metrópoli— y, por otro, su afincamiento en un solo Estado. La ciudad del día de hoy se estructura dentro de un conjunto de relaciones interurbanas que se configuran como un sistema de carácter global (Sassen, 1991), en donde gravitan, con marcada presencia y protagonismo, tres actores centrales: los Estados constituidos en distintas naciones, las corporaciones empresariales globales (WhatsApp, Google, Facebook, Amazon, Uber, entre tantas otras) y las propias ciudades con un protagonismo singular.

Si esto es así, definiremos dos premisas iniciales para el desarrollo de este ensayo. En primer lugar, que la ciudad es un *complejo comunicacional articulado*, donde los emisores, mensajes y receptores son múltiples, simultáneos e, incluso, contradictorios, lo cual conforma un espacio de tensión comunicativa. Esta entrada metodológica a la realidad de la ciudad y de la comunicación, como ya se dijo, no ha sido suficientemente estudiada y debatida. En segundo lugar, que la ciudad es un espacio de interacción comunicativa donde confluyen y se densifican múltiples hechos sociales que suelen entrar en conflicto y que tienen lugar, inicialmente, en el marco de la propia urbe (fenómeno intraurbano), y posteriormente, dadas las características de la ciudad contemporánea, en el contexto de las relaciones de las urbes globales (interurbanas).

En ambas premisas, la comunicación se convierte en un elemento absolutamente fundamental para un cambio metodológico en la comprensión de la ciudad, ya sea por su alta densidad de interacción social, como por la presencia superavitaria de infraestructuras, que tienden a expresarse en la mutua interacción de la ciudad y con el habitar (Sennet, 2019).

Considerar a la ciudad como un complejo comunicacional articulado, permite profundizar esta otra idea, más amplia y también más compleja: *la ciudad como sistema global de información*; esto es, la ciudad como un fenómeno multicomunicador que tiene un anclaje en el ámbito del conjunto de las relaciones interurbanas constituidas a partir de la ciudad global.

Adicionalmente, si consideramos que en América Latina el 84% de las personas vive en ciudades y que en Ecuador lo hace un 73%, podemos concluir que la gran mayoría de la población está inmersa —casi sin darse cuenta o haciéndose pocos cuestionamientos— en este fenómeno comunicativo universal. Consecuentemente, también el conjunto urbano, porque como totalidad proyecta una imagen que carga un poderoso mensaje de futuro: la marca ciudad (Puig, 2008).

La ciudad como un complejo comunicacional articulado y como un medio de comunicación especial

Para empezar esta reflexión, se fundamentará aquello de que *en el universo todo comunica*. Para ello serán de utilidad, a lo largo de todo el ensayo, algunos conceptos y premisas de la teoría de la comunicación y de la semiótica, ligándolos a lo urbano (fundamentalmente las nociones clásicas de *urbs*, *civitas* y *polis*) y a los diferentes fenómenos que tienen lugar dentro de la ciudad y del sistema urbano global donde se configura.

En términos semióticos, la ciudad —al igual que casi cualquier otro objeto— es continente y contenido, pero con una particularidad: su dinámica deviene del hecho de que la urbe se convierte en un *complejo comunicacional articulado* que, en última instancia, se trata de una mul-

tipicidad de significados empaquetados en un fardo (la ciudad global), que se expresan en lo que McLuhan (2003) señaló hace casi sesenta años: “el medio es el mensaje”. Pero en este caso se podría afirmar, adicionalmente y desde esta perspectiva, que la ciudad es el medio, el mensaje y, además, emisor/receptor, todos ellos actuando de forma simultánea.

Es importante considerar adicionalmente que la ciudad es el lugar donde se territorializan casi todos los medios de comunicación existentes (tanto los tradicionales como los digitales), convirtiéndose el espacio urbano, de esta forma, en un caso único y excepcional donde la trinidad del medio, el mensaje y el emisor/receptor se expresan permanentemente, de forma exponencial y simultánea. Así la ciudad se comporta como un complejo ensamble de los medios de comunicación con el conjunto de las audiencias plurales; cada medio de comunicación transmite un mensaje y, al hacerlo, junto con todos los receptores contenidos en el tejido urbano, la ciudad cambia su carácter de forma inmediata y se convierte en un medio de comunicación especial con ciertas particularidades, como la de poseer una sintaxis, una gramática, o incluso una línea editorial, que le es propia.

En efecto, la estructura urbana denota ordenamientos específicos que, en su multiplicidad de expresiones, podría significar, paradójicamente, una anomia. La organización de la ciudad se expresa con sus centralidades y periferias; con los lugares de residencia, trabajo, ocio y comercio; con los barrios y las vecindades; con la geografía donde se despliegan sus hitos; con las marcas urbanas en las esquinas o en los trayectos de la movilidad. En definitiva, hay un orden dentro de esta aparente anomia, tal como lo describen Emilio Duhau y Angela Giglia en su libro (2008), conceptualizándolas allí como las *reglas del desorden*, que permiten no sólo comunicar esta realidad, sino también implantar la necesidad de leer la ciudad como una especie de libro abierto que tiene su propia lógica discursiva. La famosa frase de Víctor Hugo, que abre este ensayo, ilustra perfectamente lo afirmado: “la ciudad es una crónica pétrea”.

Esta noción de un orden gramatical (y/o editorial) refuerza también la idea de que la ciudad es un complejo comunicacional articulado, que está compuesto por distintos elementos que engranan a veces sin conflicto, pero, quizá la mayoría de las veces, con conflicto. El primero de los elementos de este complejo comunicacional es la corporeidad de la ciudad, esto es, el conjunto construido que sirve de sostén físico-material para todos los procesos comunicacionales; en otras palabras, la *urbs* del mundo clásico: las calles, plazas, edificios, servicios, infraestructuras, redes, parques y demás. Este sustento material permite alojar todas las actividades humanas que, en sociedad, se realizan como parte de una cotidianidad; estamos ante el tercer elemento del complejo comunicacional, la *civitas* clásica o ciudadanía, que actúa produciendo un espacio de reconocimiento de derechos sociales y ciudadanos para intervenir en política (la *polis*, el tercero y último elemento del complejo). Es aquí donde los derechos (de libertad de expresión, a la información, a la comunicación, y a la ciudad), ya en el mundo moderno, cobran amplio sentido.

Todos estos elementos del complejo comunicacional se articulan alrededor de incontables signos, señales, imaginarios y símbolos que no sólo transmiten mensajes e información con una connotación específica, sino que denotan contenidos más complejos alrededor de las relaciones sociales, económicas, culturales y políticas que se tejen en la ciudad. Por eso la ciudad contiene una nomenclatura que se explicita en la *urbs* (señales de tránsito, logos empresariales, la publicidad, el arte urbano y el grafiti, diseñados y producidos con el objetivo de transmitir mensajes explícitos), y que genera repercusiones profundas en el nivel de la *civitas* y la *polis*, desarrollando nuevos sentidos a este complejo comunicacional articulado.

¿Cuáles son, por ejemplo, las lecturas que se hacen de la ciudad desde los barrios, y qué significado tiene cada barrio o sector de la ciudad para sus homólogos, y para la ciudad en su conjunto? Aquí puede aparecer la tesis de los *estigmas territoriales* desarrollada por Loïc

Wacquant (2001), como las lecturas impulsadas por unos respecto de otros. La sabiduría popular, desde lo coloquial, lo pone en esta forma: “dime dónde vives y te diré quién eres”.

Se trata de una situación potencialmente conflictiva, tal como los hechos lo demuestran, particularmente en contextos de marcada segregación urbana y desigualdad social —*iniquus civitas*— como ocurre en América Latina. La verdad es que en la actualidad en una sola urbe coexisten distintas ciudades, cada una con diversas identidades. Para Armando Silva (2006), esta característica nos lleva a considerar a la ciudad imaginada, es decir, a la ciudad que se construye a partir de las diferentes narrativas que confluyen en el espacio urbano. Para él, el grafiti de un lugar específico, por ejemplo, es siempre diferente al de cualquier otro lugar; los mensajes que se comunican son otros y dependen del lugar desde donde se enuncian.

Por otro lado, y para fortalecer la noción de la ciudad como un medio de comunicación especial, también se debe considerar que toda la espacialidad de la ciudad (la *urbs*) está vinculada a la variable del tiempo (historia). Para las ciudades, el tiempo tiene una importancia constitutiva —se conmemora y se celebran los actos fundacionales— con lo cual, el escenario de los procesos comunicativos se complejiza aún más. Esto se debe a la rica y extensa historicidad (el *carácter temporal y esencialmente mutable de la existencia humana*, de acuerdo con la Real Academia Española) de las ciudades.

Tenemos a la mano el caso magnífico de la Iglesia de la Compañía de Jesús en el Centro Histórico de Quito, por mencionar un ejemplo de la capital ecuatoriana, que se construyó entre finales del siglo XVI y mediados del siglo XVIII, con los códigos arquitectónicos que imperaron entre esos siglos, códigos que imprimían el sentido colonial de la religión católica, con todo el peso político y social que tenía en ese momento. Al día de hoy, esos mismos códigos del pasado son leídos de forma distinta por la feligresía, los turistas, los funcionarios públicos y los residentes. Unos la pueden ver como patrimonio, como arte, mientras otros como el lugar de expresión de la fe y la religiosidad popular, y aún

otros más, como el testimonio de la opresión sobre el mundo indígena; con el paso de los siglos, su función inicial única destinada a la actividad religiosa ha mutado conforme cambia la dinámica social.

En otras palabras, el mismo monumento construido siglos atrás emite mensajes comunicacionales distintos según la fase histórica que se trate; el medio muta según el mensaje que la sociedad le otorga, y depende de quién procesa esta información como receptor del mensaje. Ahora bien, es la historicidad de la ciudad, no solo la de sus espacios monumentales, la variable que marca, definitivamente, a la urbe como un medio de comunicación especial en transformación permanente.

Cuando analizamos los progresos tecnológicos de las últimas décadas, la ciudad y la comunicación se funden claramente. La tecnología y los medios de comunicación han progresado en poco tiempo, algo francamente asombroso, y con esto las distancias sociales, cronológicas e históricas no solo se reducen, sino que se imbrican. De esta manera, el tiempo y el espacio asumen nuevas connotaciones y redefinen las condiciones de vida de la población en las ciudades, así como la propia esencia de la ciudad se transforma (Carrión, 1996).

Esto es evidente cuando revisamos la nomenclatura del espacio público, esto es, los nombres asignados a cada uno de los espacios o hitos de la ciudad, ya sea de forma costumbrista, conmemorativa o con fines tributarios. En efecto, en un primer momento la usanza fue costumbrista, es decir, la calle llevaba el nombre de las actividades que allí existían o de los mitos que socialmente los imaginarios construían. Allí están la calle de las platerías, la calle de las carnicerías, la plaza grande o el barrio de la chilena en Quito, como ocurre en cualquier otra ciudad del mundo. En otras palabras, la identidad, la producción cultural, la lógica de las interacciones sociales, hacían que el acto de nominar a un lugar coincidiera con las prácticas que allí se desarrollaban.

Después viene un nuevo momento cuando empieza a surgir una nomenclatura conmemorativa, que responde a la lógica de la construc-

ción de una historia oficial, inscrita en los procesos independentistas de los Estados. Se designan los espacios públicos con nombres de militares, fechas de batallas, lugares y hombres prominentes, y se hacen monumentos y bustos de piedra, con una gran omisión: las mujeres. De hecho, hasta el día de hoy, los nombres femeninos son obviados para nombrar los espacios urbanos, salvo contados casos que, recién en este último tiempo, han ocurrido.

La nomenclatura es una lectura clave de la ciudad —obviamente no la única— tanto para que las políticas públicas puedan focalizar e internalizar sus propuestas de desarrollo urbano, así como para que las personas construyan identidades simbólicamente vinculadas a su ubicación en la ciudad. En este sentido, la pregunta ¿dónde vives? no es tan simple como aparenta. De manera general su respuesta coloca al espacio del barrio y al mundo doméstico (la vivienda) como los únicos lugares de vida reconocidos socialmente. Según esta apreciación y mensaje, el espacio público no sería un espacio de vida.

El ejemplo de la nomenclatura nos permite ver, *grosso modo*, que hay tendencias temporales que responden a las lógicas discursivas, narrativas y prácticas dominantes en un tiempo específico. En este sentido, no se puede hablar de la ciudad como un medio de comunicación social que permanece monolíticamente en el tiempo, sino de un sujeto a la apropiación social históricamente resultante de un conflicto permanente entre los actores que participan en las interacciones cotidianas. Esto no es malo en sí mismo y en términos sociales resulta más eficiente saber cómo procesar esta disputa comunicacionalmente.

Es evidente que los conflictos de las ciudades no pueden ser entendidos únicamente como procesos de comunicación, pero para su resolución es necesario recurrir a la comunicación y, para ello, resulta indispensable entender el espacio urbano como un medio de comunicación especial y como un complejo comunicacional articulado, en el que la ciudad, sistemáticamente, es percibida, leída, de maneras muy distintas a través de sus diferentes imaginarios.

La ciudad: un sistema global de información

Como ya se argumentó en el apartado anterior, los diferentes espacios urbanos sirven como nodos de confluencia para todos los canales y medios de comunicación posibles. La ciudad es un espacio fundamental de interacción comunicativa dado que sus espacios, públicos y privados, sirven como soporte material para los procesos de comunicación que demanda u ofrece la ciudadanía (*civitas*).

La *urbs* edificada con bibliotecas, archivos, museos, monumentos —entre otros componentes del acervo informativo histórico y cultural— es tan importante para la comunicación como los medios de transporte, las infraestructuras de movilidad y de servicios, los espacios destinados al ocio y a otras prácticas colectivas —como la religión y los deportes (fútbol). Además, la ciudad concentra a la prensa y a los diarios, a las revistas, a las radiodifusoras, a las televisoras, a la telefonía fija y móvil, y a toda la infraestructura de la tecnología digital que permite el uso de la telefonía inteligente y del Internet.

Así, la relación entre ciudad y comunicación es estrecha y articulada, y ambas son, tal como ya se vio, un conjunto de relaciones sociales con una carga histórica que se modifica en el tiempo, que cambia ahora y que lo seguirá haciendo de forma permanente en el futuro.

Cuando las ciudades eran pequeñas y poco complejas, las formas comunicativas se correspondían con ello (pensemos en un momento en el sentido social de los juglares, por ejemplo, en el pasado). Pero hoy en día, tal es el grado de complejidad, tanto en términos antropológicos como desde una óptica de gestión institucional, que cada urbe tiene su propia forma de construir sus modos de comunicación, lo que resulta en procesos comunicativos muy diversos, determinados por las características culturales, políticas, económicas y tecnológicas de la sociedad que habita cada ciudad. Nadie podrá negar que el alcance y penetración cultural alcanzado por las tecnologías de la información y la comunicación es un hecho trascendental que incide con fuerza en el desarrollo urbano.

Como ya se mencionó, en la ciudad se da el ensamble de todos los medios de comunicación tradicionales (prensa, radio y televisión), pero también los de origen digital (páginas de Internet, aplicaciones y redes sociales). La capacidad de almacenamiento (memoria) y procesamiento de información (velocidad) de todos estos medios, particularmente de los digitales, sumada a la capacidad física de registro que tiene la ciudad en su conjunto, como espacio de interacción, y a las relaciones interurbanas que se tejen a partir de los enlaces directos entre urbes gracias a las redes de movilidad (autopistas, carreteras, terminales de buses, puertos y aeropuertos), termina por constituirla en ese complejo comunicacional articulado, en tanto fenómeno mundial.

De allí que las urbes transitan aceleradamente hacia un verdadero sistema global de información que funciona como punto de partida y de llegada de la población, de los bienes y servicios, y de la información, como si se tratara de un verdadero *router* o *hub* comunicacional.²

Esta concentración de diferentes *lugares de enunciación* en un mismo territorio, resulta sustancial para constituir este sistema global de información, en donde la expresión *red de redes* adquiere una pertinencia absoluta. Pero al mismo tiempo, frente a esta concepción de alguna manera *enmarañada*, se vuelve trascendental entender que este sistema global de información se sustenta en los procesos sociales que se producen y reproducen en la urbe y que, al hacerlo, construyen un sentido de ciudad, posibilitando la emergencia, entre otras cosas, de *lo público (polis)* y de *lo ciudadano (civitas)*. Esto último, evidentemente, no se trata de una característica de la ciudad o de las sociedades modernas, dado que ya tuvo importante antecedente en el mundo clásico griego, cuya ciudadanía se construía sobre el espacio público del ágora. La gran diferencia, retomando a un clásico de la teoría de la comunicación, es que hoy vivimos definitivamente la época de la *aldea global*, en donde los medios se convierten en verdaderas “extensiones del ser humano”

2 O sea, un *intercambiador, centro o punto de conexión, a la manera de un nodo*, donde confluyen y nacen simultáneamente múltiples menajes.

(McLuhan, 2003) y, por tanto, la ciudad en un extraordinario medio global de comunicación.

Vivimos una época de aceleradas transformaciones alrededor de las tecnologías de la información y la comunicación. Esta era ha sido planteada, por otros autores, como una revolución social y esto, consecuentemente, ha significado también una revolución para las ciudades (Castells, 1989). Pensemos, como ejemplo paradigmático, en las posibilidades (y problemas) que ofrece el concepto altamente discutido de las ciudades inteligentes, las *smart cities*.

Y es que esta revolución ha generado cambios sustanciales en la concepción que teníamos del espacio público. Se ha pasado de una noción de espacio público exclusivamente físico a una concepción de características virtuales, en donde las interacciones de las personas pueden darse al instante y desde cualquier espacio, a través de un teléfono celular inteligente, así como desde cualquier otro dispositivo electrónico (computador, *Tablet*, *iPad*). De alguna manera, así se eliminan o reducen las distancias y se puede incluso *estar* en otros espacios públicos, distintos a la ciudad de residencia o de trabajo, al mismo momento, en tiempo real. Hemos pasado de una noción de la informática como la ciencia que procesa información a la de la ciencia que, además de ello, almacena gigantescas cantidades de información en espacios que se perciben como virtuales, por ejemplo, lo que se conoce como *la nube*.

Pero, circunscribiéndonos a realidades como las de América Latina, de una *iniquus civitas*, es necesario problematizar las virtudes de esa revolución. En este sentido, Saskia Sassen y Sujata Patel (1996) afirman que el norte de las ciudades del sur se vincula con las ciudades del norte, lo cual grafica claramente que la integración interurbana es absolutamente asimétrica para las ciudades del sur; solo una parte de ellas pueden vincularse al proceso de globalización, con lo cual las desigualdades socio urbanas tienden a incrementarse sustancialmente.

La desigualdad en la distribución de la riqueza en países como los de América Latina —considerado el continente más desigual del plane-

ta— evidentemente coloca solo a ciertos ciudadanos en la posibilidad de acceder a esta revolución científico tecnológica en el campo de las comunicaciones. Así como estas tecnologías reducen las distancias físicas, también contribuyen a acrecentar las brechas sociales, debido a que no toda la sociedad puede estar al alcance de estos desarrollos tecnológicos. No obstante, no podemos alejarnos de este poderoso proceso que mueve al mundo contemporáneo y que coloca a las relaciones interurbanas como una característica que marca decididamente el devenir de *urbs, civitas y polis*.

En este espacio público virtual, parecería que nada escapa a las cámaras, tanto a las que están alojadas en los teléfonos inteligentes, como a las de los sistemas de seguridad, pública y privada. Esto genera una lógica de vigilancia permanente que es poco cuestionada por la mayoría de los pobladores urbanos. Londres, por ejemplo, es la ciudad que tiene la mayor cantidad de dispositivos de video vigilancia en el mundo. Allí, una persona que sale de su casa en la mañana y regresa por la noche, a lo largo de ese único día ha sido registrada en más de 350 fotografías. Este panóptico foucaultiano también se ha construido desde el consumo: cuando se usa una tarjeta de crédito, con el crecimiento del *e-commerce*, por la simple interacción en las redes sociales. Este fenómeno ha hecho reducir significativamente el sentido de la libertad personal, del anonimato y del derecho a la vida privada, y ha construido una especie de panóptico global que sirve para vigilar, castigar y disciplinar (Foucault, 2005).

Ante esta realidad, es pertinente considerar que cada cámara, en definitiva, es un lugar de enunciación inmersa en este contexto de *comunicación incesante*, en donde coexisten, también, múltiples lecturas de recepción, construyéndose así un verdadero *enjambre comunicacional*. Con este escenario, para poder tener congruencia y entendimiento, cada ciudad, como ya se dijo antes, tiene una sintaxis particular que, de alguna manera, se constituye en un código de convivencia compartido y aceptado por una mayoría poblacional que, a fin de cuentas, define un cierto *espíritu de la ciudad*, para utilizar palabras de Ortega y Gasset (2004).

Por esto, dentro de las políticas urbanas hoy tiene mucha fuerza lo que ha llegado a denominarse la “marca ciudad” (Puig, 2008) y lo que se conoce como mercadeo de la ciudad (*city marketing*), como un importante instrumento de la nueva planificación urbana y de la proyección mundial de las ciudades (Benach & Sánchez, 1999) en el marco de las relaciones interurbanas (ciudad global). Lo importante de esta marca ciudad (que de cierta manera genera un *rating* para la ciudad como medio de comunicación especial) es que implica una proyección de futuro como proyecto colectivo de ciudad, sustentado en su vocación, es decir, en una *polis* determinada.

Conclusiones

A manera de anotaciones, las nociones planteadas en este ensayo pretenden incidir en un necesario ejercicio de repensar la ciudad desde la perspectiva de la comunicación y de la semiótica, y también desde la perspectiva urbana. En este repensar, el hallazgo de las intersecciones y los diferentes puntos de encuentro entre lo urbano y lo comunicacional resulta una tarea indispensable.

Como resultado de este ejercicio, es importante que las políticas públicas alrededor de la comunicación puedan repensarse en la ciudad. Esto implica revisar la visión instrumentalista u operativa de la comunicación, que la coloca exclusivamente como una herramienta para la gestión de las relaciones públicas de las administraciones locales o de su máxima autoridad (el alcalde); en esta perspectiva de la comunicación institucional, es necesario producir un cambio singular: hoy, la urbanización tiene lugar donde la ciudad ya existe, lo cual demanda políticas de diálogo social, informativas y de comunicación con la población que se ve afectada —positiva o negativamente— por las acciones de política urbana.

En esta vía, más allá de un rediseño institucional de las oficinas de comunicación, se debe avanzar hacia una concepción general, dentro de los municipios y en otros niveles de gobierno, que permita repensar lo

urbano y la gestión de los conflictos urbanos, desde esas intersecciones con lo comunicacional. Es decir, que no deben ser concebidas exclusivamente bajo una dinámica unidireccional, sino en una lógica de interacción y retroalimentación comunicativa constante, entre la ciudad, sociedad y su estamento institucional de gobierno.

En este sentido y, paradójicamente, no podemos simplemente abandonar lo instrumental de la comunicación, pues permite fortalecer la construcción de ciudadanía (*civitas*), ya no solo en el lugar donde históricamente fue construida (la plaza como ágora), sino en el nuevo espacio público urbano de las comunicaciones multimedia. Sobre este aspecto, es fundamental consensuar el sentido que las políticas públicas le otorgan al espacio público, en sus múltiples dimensiones.

Si se logra una adecuada fusión entre lo comunicacional y lo urbano, tendremos una poderosa herramienta no solo para gestionar el conflicto social, sino para hacer frente a las nuevas realidades que plantea un mundo en el que prima lo tecnológico y las redes. Esto es, ver a la ciudad como un espacio de interacción comunicativa permanente (*urbs*) que forma parte de un complejo comunicacional articulado, y que, por su complejidad, debe ser entendida como un medio de comunicación especial y como un sistema global de información, en permanente cambio y construcción, incrustado en las nuevas relaciones interurbanas (*polis*).

Como siempre, la constitución de una *polis* es la parte que nos demandará mayor reflexión y mejores capacidades. Si consideramos que el tejido urbano tiene una distribución informativa heterogénea (*iniquus civitas*), que determina que ciertos sectores de la ciudad tengan mejores posibilidades de acceso a la información, el camino hacia ese sistema global y al espacio público virtual para construir *civitas* no será sencillo. Tenemos que tener muy en claro que la ciudad no es apenas un escenario, un continente en el que conviven personas, sino que es, sobre todo, un lugar dinámico de creación de contenidos y de sentidos, no ajeno al conflicto y, por tanto, con el riesgo de que los actores que gravitan

alrededor de la ciudad global (el Estado y las corporaciones) pretendan imponer sus propios significados, por encima de los de otros, es decir, por sobre los que nacen de la ciudad y los actores que la habitan.

Bibliografía

- Benach, N., & Sánchez, F. (1999). Políticas urbanas y producción de imágenes de la ciudad contemporánea: un análisis comparativo entre Barcelona y Curitiba. En Fernando Carrión y Dörte Wollrad (Comps.), *La ciudad, escenario de comunicación* (pp. 23-65). <https://bit.ly/36jXAGn>
- Carrión, F. (1996). Ciudad y comunicación. *Revista EURE*, XXII (66), 75-88. Santiago. <https://bit.ly/3kZlwTt>
- Castells, M. (1989). *La ciudad informacional, Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano*. Ed. Alianza Editorial.
- Duhau, E., & Giglia, Á. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Ed Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar*. Siglo Veintiuno Editores.
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones*. Convenio Andrés Bello.
- McLuhan, M. (2003). *Understanding media: The extensions of man*. Corte Madera.
- Puig, T. (2008). *Marca ciudad. como rediseñarla creativamente para afrontar diferencia y vida emergente. Barcelona como estilo*. Editorial personal.
- Sassen, S. (1999). *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires*. Editorial Eudeba.
- Sassen, S. (1991). *The global city*. Princeton University Press.
- Sassen, S., & Patel, S. (1996). Las ciudades de hoy: una nueva frontera. *Era Urbana*, 4(1). PGU.
- Sennet, R. (2019). *Construir y habitar. Ética para la ciudad*. Ed. Anagrama.
- Silva, A. (2006). *Imaginario urbanos*. Arango Editores Ltda.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *La rebelión de las masas*. Biblioteca Grandes Pensadores, Ed. Cayfosa-Quebecor.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Ed. Manantial.